

---

## CAPÍTULO VIII.

Smirna. — El monte Págus. — La iglesia de S. Policarpo. — Restos del anfiteatro. — Impostura descubierta. — Lance desagradable. — Misiones y colegios. — Un espectáculo que conmueve. — Servicios que prestan las escuelas católicas de Oriente al comercio y á los viajeros. — Hospitales. — Una observacion. — Condecoracion dada por el sultan reconocido. — Las Spórades. — Páthmos. — La jóven prisionera. — Ródas, sus ruinas y sus tradiciones. — Tarso, Mersina y Alejandrete. — Antioquía. — Tragedia. — Una reflexion.

Es indudable que las preocupaciones disponen nuestro juicio, y las que yo tenia de Smirna, despues de verla llamada *Paris de Oriente*, ó *Marsella trasladada á la costa de Asia*, eran grandiosas. Por cierto se desvanecieron cuando me encontré frente á una poblacion rodeada de bosques de cipreses, que mirada desde el mar, le dan una fisonomía monotoná y sobremanera triste. Las ruinas del anfiteatro que se ven lejanas, contribuyen por su parte á aumentar el aspecto producido por aquellos árboles, símbolo de la muerte. « Bajemos á Smirna, » oí decir : bajamos ; y á mí me pareció entrar en una ciudad de duelo, donde la tristeza y el dolor acostumbran darse cita para llorar sobre la tumba de la civilizacion de Oriente. El monte Págus, que la domina, conserva los restos de fortalezas que en su origen no pertenecieron á los Turcos. A su pié existen vestigios de otra fortaleza inexpugnable ciertamente para todas las potencias de la tierra... Son las ruinas de un templo : sus escombros apenas se distinguen, pero sus recuerdos viven imperecederos en la memoria de todos los Cristianos. En su recinto vivió un octogenario



que junto con la fe cristiana aprendió en la escuela de los Apóstoles á reunir tesoros para el cielo, dando los bienes de la tierra. Sus fervorosas instrucciones reúnen en su rededor un número considerable de individuos que le piden con ansia les admita á profesar su misma fe, pronto crece la congregacion, y él viene á ser padre de una de las siete grandes Iglesias de Asia. Dios habla á este anciano venerable. « Sé tu tribulacion y tu pobreza, le dice; mas rico eres, cuando eres blasfemado por aquellos que dicen ser judíos, y no son sino sinagoga de Satanás. No temas ninguna de estas cosas que has de padecer. Satanás ha de echar en cárcel á algunos de vosotros para que seáis probados, y tendreis tribulaciones por diez dias. Sé fiel hasta la muerte, y te dará la corona de la vida (1). » Este hombre santo era Policarpo: una furiosa tormenta se levanta contra él: arrastrado por sus perseguidores, es conducido al tribunal del procónsul, quien le sentencia á morir quemado vivo. Buscando con la vista el lugar de estas escenas, no tardé en percibir las ruinas del anfiteatro donde el mártir de Jesucristo espiró abrasado por el fuego, en medio de la algazara de una plebe que gozaba presenciando tan crueles espectáculos (2).

Visitando la antiquísima iglesia de los Franciscanos, veneré un pequeño resto de las reliquias de S. Policarpo. ¡Oh, que el ángel de Smirna vele desde el cielo por la fe de hijos que le fueron tan queridos! ¡Haga vuelvan á la unidad los que separados del Pastor universal viven sentados á la sombra de la muerte! ¡Que vean la luz todos cuantos viven en tinieblas en este pueblo ennoblecido con los rasgos de su fortaleza heroica y con la purpúrea divisa de su sangre! Al contemplar este lugar, mi alma se trasladaba al tiempo remoto en que pasaba aquella horrible escena, y no podia ménos de admirar la fortaleza con que un hombre de ochenta y siete años

(1) Apocalipsis, cap. II.

(2) Año 166 de Jesucristo.

desafiaba el poder de los tiranos, y con valor invencible sufría el martirio por su fe. ¡Qué satisfaccion para el católico cuando, al visitar los lugares regados por la sangre de los mártires, observa que su creencia es la misma que aquellos murieron sosteniendo! Jamas podrán experimentar la los disidentes: la historia de su religion carece de esta página, una de las mas bellas, y la que mas se prolonga en la del catolicismo: ¡el martirio! Hasta poco há la entrada en el recinto del anfiteatro estaba vedada á los Europeos, y los Turcos encargados de guardarla maltrataban á cuantos pretendian visitarlo; mas estos inconvenientes han cesado ya, y los escombros del anfiteatro, salpicados con sangre de cristianos, son un monumento mas en que estudia el viajero la grandeza de alma y la intrepidez heroica con que los primeros discípulos de Jesus triunfaron del poder humano en el Oriente como en todos los países de la tierra. ¿Pero quién protege hoy á estos hombres que confiesan la fe de S. Policarpo en el lugar de su martirio? me preguntaba á mí mismo. — Verdad es que el anfiteatro está destruido, no existen en él las fieras cebadas en carne humana, las hogueras encendidas se apagaron, y la cuchilla está caída de las manos de los verdugos; ¿mas acaso los enemigos que rodean á los adoradores de Cristo en estos países, ennoblecidos con los mas bellos triunfos del Evangelio, son ménos crueles que los tiranos que condenaban al fuego á sus heroicos confesores? No por cierto. Mas una mano invisible existe levantada para proteger á sus creyentes, y no es la de los príncipes que se llaman protectores del cristianismo, pues mientras que ellos viven envueltos en negocios extraños á la Religion, esta sigue constantemente su marcha progresiva. Apenas pasan los crudos golpes que le descargaron el poder otomano y la exaltacion fanática del cisma, cuando ella, cual guerrero invencible, se levanta, y reconociendo sus dominios de otro tiempo camina con paso firme á ocuparlos de nuevo. El mahometano la creyó muerta,



y el Griego cismático gozaba de su ruina, mientras que ella padecía solo fatiga momentánea; y vivía bajo la protección de Dios que conserva su vida entre los furores de la persecución, y la hace renacer de la sangre de sus mártires.

Ocupado de estas ideas, bajaba el monte Págu, cuando una turba de niños salida de las habitaciones vecinas se lanzó arrojándonos un diluvio de piedras: uno de nosotros volvió sobre aquellos imberbes para intimidarlos, pero la presencia de algunos Turcos llegados allí casualmente pudo, para contenerlos, mas que todo el ademán amenazante de aquel. No eran mahometanos los que nos perseguían, sino de esa familia ántes numerosa « como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo, » y que hoy, sin haber disminuido su número, « se extiende sobre toda la tierra, para ser pisoteada como la basura del muladar. » Los Turcos se muestran tolerantes y aun á veces complacientes con los viajeros europeos que respetan sus costumbres y sus creencias.

Los Griegos pretendieron que S. Policarpo terminó su sacrificio en el lugar donde poseen un monasterio llamado de S. Elías. Pudieron al principio dar ciertas apariencias de verdad á esta que no era sino suposición; mas las ruinas del anfiteatro fueron halladas despues, y las seguridades que los monjes daban á un pueblo entusiasta por la memoria de su primer apóstol, aparecieron lo que realmente eran, imposturas hijas del interes. ¡Qué bien conviene con este hecho lo que nos decia nuestro guía, griego de religion: « Nuestros sacerdotes son muy interesados, todo lo hacen por dinero; cada vez que concurrimos á la iglesia, quieren quitarnos hasta la última piastra!... » Siete templos, algunos de ellos bastante hermosos, poseen los católicos en Smirna, cuya mision desempeñan individuos de cinco congregaciones diferentes (1). Entre los colegios de educacion,

(1) Franciscanos, Capuchinos, Lazaristas, Jesuitas y Dominicanos.

los mas numerosos son el de Lazaristas y el de Armenios melquitaristas: en el primero, auxiliado por la Propaganda de Roma, se educan mas de doscientos individuos; allí veinte y tres jóvenes griegos oían las lecciones de filosofia que daba un presbítero cristiano en el mismo lugar en que la explicaron sabios profundos del paganismo salidos del Ateneo de Grecia: los Hermanos de las escuelas cristianas contaban trescientos alumnos, y las demas parroquias estaban llenas de niños. Las hijas de S. Vicente de Paúl abrazaban con su celo inmenso cuatrocientas cincuenta niñas, á muchas de las cuales dan hasta el sustento y el vestido. ¡Ah! allí ví tiernas jóvenes cuyos padres, perseguidos por la adversidad, llegaron á mirar el crimen como recurso legítimo en sus necesidades mas premiosas: en estas playas remotas no invocaron ellas en vano el nombre de la caridad, despues de probar bien la amargura que derrama en el corazón sensible la estóica indiferencia con que miran los del siglo la desgracia ajena. Allí ví cuatrocientas cincuenta jóvenes redimidas de la ignorancia que caracteriza á los pueblos de Oriente, é instruidas en todo género de conocimientos útiles á su estado; pero aun ví mas: setenta y tres párvulos que rodeaban á las religiosas en su casa de huérfanos, y á quienes estas, trasformadas en madres, acariciaban tiernamente. Aquellos seres infelices, abandonados de todos ménos de la Religion, no son hijos de católicos, quizá ni su tercera parte; lo son de Turcos, de cismáticos y de protestantes: en estas casas impera la caridad, que no distingue creencias ni opiniones, y á todos admite á participar de sus consuelos sin otro título que su desgracia. Jamas he contemplado poesía tan sublime como la que describen los huérfanos de Smirna. La sagrada estatua de la Madre de Jesus, que, colocada en el centro de la casa, tiene abiertos sus brazos, para estrechar á los desgraciados en su amoroso pecho; tantas religiosas venidas de países remotos para colmar de beneficios en tierra extraña, bajo la influencia de un clima



mortífero y con riesgo inminente de su vida, á los seres mas infelices; la fisonomía particular de estos mismos, el gemido profundo que saliendo de sus corazones inocentes va á depositarse al pié de la mejor de las madres escribiendo con grandes caracteres: *Monstra te esse Matrem*; todo forma un conjunto verdaderamente sublime, y que no podrán explicar sino las víctimas arrebatadas á la miseria, la inocencia salvada de los peligros y la desgracia consolada generosamente. Al catolicismo, que posee sin detrimento la caridad cristiana, una é indivisible, es dado solamente presentar cuadros tan sublimes y tan majestuosos como este. ¿Cuándo han salido de las comuniones disidentes señoras animadas por la misericordia para penetrar el Asia y el África, buscando los hijos de los Árabes y de los Turcos que perecian? ¿Cuándo se dió cuenta en los meetings de propaganda de Londres ó de New York del sacrificio hecho por hijas de familia que abandonaban su casa, sus relaciones y conveniencias, para marchar al Oriente sin mas objeto que hacer bien? Jamas: ni yo las he encontrado en ningun punto de los que visité en Asia, África, América y Europa.

Es incalculable el servicio que prestan en el Oriente las escuelas católicas: prescindiendo de la enseñanza de los principios religiosos que derraman el germen de civilización que tanto importa á la sociedad entera, la de los idiomas ha facilitado inmensamente el comercio y los viajes en aquellos países. Los misioneros, es verdad, necesitan toda la constancia que inspira la virtud para no desmayar en su ardua tarea de civilizar países poco há tan conocidos por su barbarie como fueron célebres por su ilustracion, y gracias á ellos el viajero europeo que ántes pasó por Smirna sin hallar quien le dirigiese un saludo en idioma culto, encuentra hoy muchos que le felicitan por su llegada en su propia lengua; encuentra á los naturales mismos sirviendo de subalternos en las casas de comercio, y en el seno de las familias trocado en amor el odio intenso que profesaban

á los Europeos. Este cambio feliz no es obra ciertamente de los viajeros que visitan los países sin detenerse, ni lo es de los comerciantes ocupados solo de sus especulaciones; es fruto de las escuelas y sazonado por el genio bienhechor que acompaña en todas partes las empresas del catolicismo. Los mahometanos, á pesar de sus arraigadas preocupaciones contra la educacion europea, conocen ya el bien que les reportan las escuelas de las misiones, y confiesan que, merced á estas, pueden expedirse con mas facilidad en sus transacciones mercantiles.

Los hermosos hospitales de Smirna no son mas que una bella reproduccion de los de Constantinopla, y el tipo de los que la solicitud fervorosa de diversas congregaciones de caridad ha fundado en todos los pueblos principales de Levante. Mas una cosa singular se observa en los individuos que los sirven: mientras que el cólera asiático ha diezariado á Smirna así como á todas las ciudades del Oriente, y mientras que los habitantes sin excepcion, huyendo del contagio, corrian á ocultarse en el interior de los montes ó de los bosques, las religiosas permanecian en medio de la peste, cuidando á los enfermos, que morian á millares, y cargando no pocas veces ellas mismas los cadáveres para sepultarlos en los cementerios. Los misioneros á la vez recorrian las calles y los campos, distribuyendo medicinas para el cuerpo y para el alma, sin tener ninguno en cuenta para nada el cuidado de sí mismo, y ofreciendo en este desprendimiento de sí propio, para consagrarse con heróica abnegacion al servicio de los prójimos, una nueva muestra de la virtud que distinguió en todos los siglos á los institutos monásticos. Las autoridades musulmanes, en medio de la impresion profunda que les causó esta conducta evangélica, se apresuraron por elevarla al conocimiento del sultan: en Smirna, en Beyrouth, en Alepo y en Damasco, su celo y caridad con los enfermos de toda religion habia sido el mismo; y una condecoracion fué decretada para todos por el sultan Abdul-Mejild,